

American Classic era la otra opción que tenía para el encabezamiento. La obra de Threadgill es muy americana y es clásica en el sentido primero del término; aquello que es digno de ser seguido o imitado. Pero me temo que es algo que no hubiera gustado lo más mínimo al músico de Chicago, siempre pendiente de cosas más importantes, como respetarse a sí mismo y respetar a la gente, ofreciéndole belleza en las circunstancias que sean.



Henry Threadgill

alguna cosa más

Empecemos por una cosa importante y que él siempre ha mencionado en las entrevistas. Se trata de su experiencia en la iglesia, cuando siendo niño aquel espacio se le presentaba como algo alegre, lleno de música pero también de gestos teatrales y de palabras. Era la liturgia, que él vivió de una forma lúdica y expansiva. Incluso en una entrevista recordaba como en casa jugaba con sus hermanas a que estaban en la iglesia.

La escuela y la calle, en consecuencia la vida en el barrio, también serían determinantes en su formación. El contacto

que siendo niño tiene con la música no puede ser más abierto: en la iglesia, en la escuela, en las pistas de baile, a través de la radio. Gospel, blues, rock, y también música clásica, mexicana o del este de Europa. Y todo eso, naturalmente, crecerá y él irá profundizando en ello. Threadgill desarrolla desde muy temprano una curiosidad ilimitada y un gusto verdaderamente amplio.

De hecho, muchos de estos rasgos los compartirá con algunos de sus compañeros de la joven escena jazzística de Chicago de principios de los 60, de la que surgió en 1965 la Association for

the Advancement of Creative Musicians (AACM), vanguardia de la nueva música negra que se haría en la ciudad. La célebre Great Black Music que enarbó el Art Ensemble.

Pero volvamos a Threadgill. Hay algo de indiscutible espiritualidad en su música, o al menos “elevado”, pero al mismo tiempo y sin menoscabo de ello, una vibrante sensación de juego, de atrevimiento y de ingenuidad. No estoy diciendo que sea inmadura o liviana sino que incluso ahora, con proyectos de la densidad de *Make a Move* o *Zooid*, suena joven, nueva, fresca.

Tampoco digo que el origen de todo esto sea aquella infancia o juventud, su particular experiencia en la iglesia... pero de alguna manera sí debieron ser antecedentes básicos a la hora de establecer la que ha sido su principal motivación artística: “La humanidad es la principal influencia en lo que hago. No los saxofonistas ni los discos, la humanidad. Me siento afectado por la temperatura de la humanidad”. Con esto viene

a decirnos que sus conocimientos musicales no se ponen a funcionar hasta que no hay un detonante, una idea por la que siente que vale la pena ponerse en movimiento. También dice que no le interesa ese círculo de referencias en el que se recluyen muchos músicos y artistas. Su motivación son las personas y todo cuanto les atañe. Eso es lo que inspira esas maravillosas transposiciones poéticas que son sus temas. Ahora tocaría preguntarnos, ¿si su música suena tan distinta, tan propia, tan especial, no tendrá mucho que ver el simple hecho de tener esa actitud?

Esa actitud tendría también mucho que ver con lo mejor del carácter americano. La expectación y la falta de complejos, el optimismo y el buen humor, cosas todas ellas que están en el meollo del jazz primigenio pero también de las comedias slapstick o de mucha de la poesía que allí se hizo. Porque a pesar de las mezcolanzas, del sinfín de influencias, de las cosas conocidas y recibidas, el resultado final será de una naturalidad pas-

mosa. Además, la “tradición” está más viva que nunca en las manos de gente como Threadgill que no se limitan a reinterpretarla tal y como era sino que la traen hasta el presente y la ponen a dialogar en un mismo plano con otras cosas. (“Ancient to the Future” decían también los miembros de la AACM).

En su música podemos encontrar a Hindemith o Ravel, patrones rítmicos de cualquier rincón de África o Latinoamérica, música contemporánea o R&B. Con todo ello y mucho más obtendrá una paleta interminable de colores, pero allí donde otros se embrollarían él nunca caerá en la dispersión, su música estará siempre tan ligada como una buena salsa. Como las influencias folk que recibió de joven, las que ha ido añadiendo con el paso de los años han pasado a convertirse en elementos integrales de un arte musical capaz de provocarnos multiplicidad de emociones. Una música que no va a desdeñar el gesto y la palabra, porque ambos forman parte de la expresividad humana. No es nada raro que mucha gente diga que su música les parece un relato. Así es. Por ejemplo, sus planteamientos con dobles instrumentos de la época del Sextet o de *Very Very Circus*, y que con *Make a Move* y *Zooid* ha refinado hasta no necesitarlos, no son otra cosa que distintos puntos de vista en una misma progresión. Una dialéctica o una dualidad que se encapsula dentro del discurso musical, dotándolo de una elasticidad y una dinámica que sería difícil encontrar en otros compositores. Pero, sobre todo, logra que uno se sienta como embrujado por su música, pendiente del desarrollo de las combinaciones, de la intriga de los dibujos, líneas y contrastes que no obedecen a ninguna lógica musical académica. Que son libres en el sentido de que responden al convencimiento íntimo de desarrollar una idea artística que nos ofrezca nuevos estímulos y claves de entendimiento.

Henry Threadgill es en este sentido tan músico como poeta. Por su planteamiento, por los estupendos títulos que ha pergeñado, o por los deliciosos juegos de palabras que contienen las carpetillas de sus últimos discos. Siempre ofrece algo más.

